

# El Amor de Cristo

Por Soren Kierkegaard<sup>1</sup>

*SOREN KIERKEGAARD (1813-1855) nació en Copenhague, Dinamarca; llevó una vida amargada que a menudo trasunta en la ironía de sus comentarios sobre las cosas. Que sus contemporáneos consideraban más sagradas y respetables. Cursó estudios teológicos, graduándose en 1841, pero no fue ordenado ni ingresó al pastorado de la iglesia luterana. Predicaba ocasionalmente. Sus escritos filosóficos se consideran hoy como la fuente del moderno existencialismo.*

El amor cubrirá multitud de pecados. 1<sup>a</sup> Pedro 4:8.

ESTO es cierto cuando se trata del amor humano —y en un doble sentido como hemos visto en otro lugar. El hombre que ama, aquel en quien hay amor, cubre la multitud de los pecados, no ve la falta de su prójimo, o, si la ve, la oculta de sí mismo y de otros; el amor lo enceguece, en un sentido mucho más hermoso que lo que puede decirse de un amante —ciego hacia los pecados del prójimo. Por otro lado, el hombre amante, aquel en quien hay amor, aunque tiene sus faltas, sus imperfecciones, sí, aunque haya una multitud de pecados en él, por el hecho de que tiene amor, el amor oculta la multitud de pecados.

Cuando se trata del amor de Cristo, la palabra puede ser tomada solamente en un sentido; el hecho de que él era amor no sirve para ocultar ninguna imperfección que hubiera en él —en él, el Santo en quien no hubo pecado, ni se encontró engaño en su boca, inevitablemente, puesto que en él sólo había amor, amor en su corazón y sólo amor, en su misma palabra, en toda su obra, en toda su vida, en su muerte, hasta el fin. Ah, en el hombre el amor no es tan perfecto, y por lo tanto, o más bien no obstante, su amor le aprovecha: mientras amorosamente oculta una multitud de pecados, el amor le hace a él lo que él hace a otros, desvanece sus pecados. Así él mismo tiene necesidad del amor que muestra hacia los otros, así le aprovecha el amor que hay en él, el que aunque esté dirigido exteriormente a ocultar la multitud de pecados, sin embargo, no abarca, como el amor sacrificial de Cristo, a todo el mundo, sino sólo a muy pocas personas. Ah, aunque rara vez el hombre ama, sin embargo, "qué maravilla", como uno podría sentirse tentado a decir, "qué maravilla que uno intente amar, en vista de que él mismo está tan necesitado de amor, y hasta dónde lo que hace al amar es buscar su propio interés". Pero Cristo no necesitaba amor. Supongamos que él no hubiera sido amor, supongamos que se hubiera limitado a ser lo que era, el Santo, sin amor, y que en vez de salvar al mundo y cubrir multitud de pecados hubiera venido al mundo para juzgarlo con ira santa —imaginaos esto a fin de concebir más vividamente que precisamente a él se aplica en un sentido singular que su amor cubrió multitud de pecados, que esto es "amor", que (como dice la Escritura) sólo uno es bueno, Dios, y que de este modo él fue el único que en amor ocultó la multitud de pecados, no de algunos individuos, sino de todo el mundo.

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en El Predicador Evangélico, Vol. XVIII, julio – septiembre 1960, nº 60.

Hablemos, pues, en los breves momentos prescritos, de esta palabra:  
El amor (de Cristo) cubre multitud de pecados.

¿Y no es cierto que tú has sentido la necesidad, y hoy especialmente, de un amor que pueda cubrir los pecados, cubrir tus pecados? Por esta razón es que has venido hoy al altar del Señor. Porque aunque es muy cierto, como dice Lutero, que cada hombre tiene un predicador consigo, que come con él, bebe con él, vela con él, duerme con él, está siempre con él donde quiera que esté, cualquier cosa que tenga entre manos, un predicador llamado carne y sangre, codicias y pasiones, costumbres e inclinaciones —con todo, también es cierto que todo hombre tiene un confidente que tiene acceso a sus pensamientos más íntimos, a saber, la conciencia. Uno puede lograr ocultar sus pecados al mundo, puede tal vez gozarse insensatamente en su éxito, o quizás con un poco más de veracidad puede reconocer para sí que es una lamentable debilidad y cobardía, que no posee el coraje de revelarse como es —pero uno no puede esconder de sí mismo su propio pecado. Eso es imposible; porque el pecado, un pecado que quedara completamente oculto aun al hombre mismo, no sería pecado, así como si estuviera oculto de Dios, lo que no puede ser, porque tan pronto uno tiene consciencia de sí mismo, y en todo aquello que es consciente de sí mismo, es también consciente de Dios, y Dios de él. Y por este motivo la conciencia es tan poderosa y tan precisa en su funcionamiento, tan omnipotente, y tan incorruptible, porque este confidente privado que sigue al hombre por doquiera está aliado con Dios, este predicador que está con el hombre, ya esté despierto o dormido (¡ah, si sólo no le quitara el sueño con su sermón!) con él donde quiera, en medio del bullicio del mundo (¡ah, si sólo con su voz no transformara el bullicio del mundo en quietud!), en la soledad (¡ah, si sólo no pudiera evitar que se sienta solo en el lugar más solitario!), en su trabajo diario (¡ah, si sólo no lo apartara de él y lo distrajera!), en el ambiente festivo (¡ah,-si sólo no se lo hiciera parecer una triste prisión!), en los lugares santos (¡ah, si sólo no le impidiera acudir a ellos!), este predicador privado que sigue al hombre, conociendo privadamente lo que ahora, ahora, en este mismo instante, hace o deja de hacer, y lo que hace mucho, mucho tiempo —no digo fue olvidado, porque este confidente privado, dotado de una memoria tremenda, se encarga de eso— pero que ha sucedido hace mucho, mucho tiempo. El hombre no puede escapar de ese confidente, más de lo que (según el decir del poeta pagano) puede escapar de la pena que cabalga en ancas de su caballo, ni más (si se quiere dar otro curso a la comparación) de lo que puede el ciervo escapar de la flecha clavada en su pecho — mientras más violentamente avanza, más profundamente la flecha se hinca.

Hoy, sin embargo, estáis lejos de querer hacer el vano intento de huir de este predicador privado, o evitarlo; le habéis dado venia para hablar. Porque en el pulpito está, es cierto, el pastor que predica, pero el verdadero predicador es el confidente de tus más íntimos pensamientos. El pastor sólo puede predicar en términos generales — pero el predicado interior hace exactamente lo contrario: él predica sola y exclusivamente acerca de ti, a ti, en ti.

Yo no intentaría desalentar a los hombres, estando yo mismo demasiado desalentado; pero quien quiera que seas, aunque fueras, humanamente hablando, casi puro y sin tacha, cuando este predicador privado habla delante de ti en tu hombre interior, tú también experimentas, lo que otros tal vez sientan con mayor desaliento, tú también sientes la necesidad de ocultarte, y aunque se te haya dicho mil veces, y se te repita otras mil, que es imposible hallar ese escondedero, sin embargo no puedes dejar de sentir la necesidad. ¡Oh, si pudiera yo huir a una isla desierta donde nadie hubiera ido ni pudiera ir; oh, si hubiera un lugar de refugio adonde pudiera huir lejos de mí mismo, si hubiera un escondite donde estuviera tan perfectamente oculto que ni aun la conciencia de mi pecado pudiera encontrarme, si hubiera una frontera que nunca fuera tan estrecha que no

podiera hacer separación entre mi pecado y yo, si al otro lado del abismo abierto hubiera un punto nunca tan pequeño que no pudiera yo estar allí mientras la conciencia de mi pecado permaneciera al otro lado, si hubiera un perdón, un perdón que no me hiciera cada vez más sensible a mi pecado, sino que verdaderamente quitara de mí mi pecado, y también la conciencia de él; si hubiera olvido!

Pero ese es realmente el caso, porque el amor (el amor de Cristo) cubre la multitud de los pecados. ¡He aquí todo ha sido hecho nuevo! Lo que en el paganismo se buscaba y se buscaba en vano, lo que bajo el dominio de la ley era y es un esfuerzo infructuoso —eso el evangelio lo ha hecho posible. En el altar el Salvador extiende sus brazos, precisamente a ese fugitivo que huye de la conciencia de su pecado, huye de lo que es peor que la persecución, a saber, del remordimiento que muerde; extiende sus brazos, dice "Venid a mí", como si dijera al mismo tiempo: "El amor cubre multitud de pecados." ¡Ah, creedlo! ¿Puedes creer que Aquel que abre salvadoramente su pecho por ti podría ser capaz de jugar con palabras, capaz de usar frases sin sentido, capaz de engañarte, y en este preciso instante — que podría decir "Venid a mí", y en el instante en que acudiera; y él te abrazara fuera como si hubieras caído en una trampa, porque allí, justamente allí no pudiera haber perdón, allí... junto al Santo? No, no puedes creer tal cosa, y si lo creyeras no vendrías aquí — mas bienaventurado aquel que cree literalmente que el amor (el amor de Cristo) cubre la multitud de los pecados. Porque el hombre amante, si, aun el más amante, sólo puede cerrar los ojos a tus pecados — oh, pero tú no puedes cerrar los ojos a ellos. Uno puede tratar con palabras cariñosas y simpatía, de mitigar tu culpa también a tus ojos, y así esconderla de ti mismo en cierto modo — oh, pero esconderla realmente de ti, literalmente esconderla de ti, de modo que esté tan oculta como lo que está en lo profundo del mar y que nadie puede ver más, oculta como cuando lo que era rojo como sangre se torna más blanco que la nieve, tan oculto que ese pecado es transformado en pureza y no te animas a creerte justificado y puro — eso es algo que sólo uno puede hacer, el Señor Jesucristo, quien cubre la multitud de los pecados. Un hombre no tiene autoridad, no puede ordenarte creer y meramente ordenándotelo ayudarte a creer. Pero se requiere autoridad aunque sólo sea para enseñar, y qué autoridad debe ser aquella (más grande aún que la que hizo aquietarse a las olas encrespadas) — ¡qué autoridad se requiere para obligar al hombre desesperado, al hombre que en las torturas del arrepentimiento no puede y no osa olvidar, al pecador contrito que no puede y no osa dejar de contemplar su culpa, qué autoridad hace falta para cerrar sus ojos, y qué autoridad para hacerle abrir los ojos de la fe de modo que pueda ver pureza donde veía culpa y pecado! "Esta divina autoridad sólo la posee él, Jesucristo, cuyo amor cubre multitud de pecados.

El lo oculta, literalmente. Cuando uno se coloca enfrente de otro y lo oculta enteramente con su cuerpo de modo que nadie pueda ver al que está oculto detrás —así es como Cristo cubre con su santo cuerpo tu pecado. Aunque la justicia breme ¿qué más puede querer? Pues ya ha sido hecha satisfacción. Aunque el arrepentimiento interior tuyo sea tan contrito que considere un deber agregar justicia exterior para descubrir tu culpa —ya ha sido hecha satisfacción, una satisfacción, una satisfacción vicaria que cubre enteramente tu pecado y hace imposible verlo, imposible para la justicia, y por lo tanto imposible que el arrepentimiento en tu interior o tú mismo puedan verlo, porque el arrepentimiento pierde el sentido de la vista cuando la justicia a la cual apela dice: "Yo no puedo ver nada".

El lo oculta, literalmente. Como cuando la gallina preocupada por sus hijos reúne a sus pollos bajo sus alas en el instante de peligro, cubriéndolos completamente y pronta a dar su vida antes que privarles de ese abrigo que hace imposible al ojo enemigo descubrirlos —precisamente así cubre él tu pecado. Precisamente así; porque él también está preocupado, infinitamente preocupado en amor, listo a dar su vida antes que privarte de tu seguro asilo bajo su amor.

Listo a dar su vida —pero, no, fue precisamente por eso que dio su vida para asegurarte asilo bajo su amor. Por lo tanto no simplemente como la gallina, preocupado ciertamente de la misma manera, pero infinitamente más preocupado que la gallina cuando cubre a sus pollos, pero en otro sentido distinto, porque él los cubre con su muerte. ¡Oh, eternamente seguro; oh, bendito y seguro escondedero!

Los pollos corren aún un peligro; aunque ocultos, están constantemente en peligro: cuando la madre ha hecho todo lo posible, cuando por amor ha dado su vida, entonces quedan privados de su amparo. El, por el contrario, —en realidad, si hubiera cubierto tu pecado con su vida, habría la posibilidad del peligro de que fuera privado de su vida, y tú de tu amparo. Pero es muy diferente cuando cubre tu pecado con su muerte. El estaría dispuesto (si tal cosa fuera posible, si ya no hubiera sido hecho todo definitivamente de una vez por todas)—estaría dispuesto a dar otra vez su vida, a fin de que no fueras privado del abrigo. Se ha de tomar literalmente: él cubre tu pecado con su muerte. La muerte puede disponer de un hombre vivo, pero no es posible disponer así de un muerto, de modo que es imposible que puedas ser privado de tu abrigo. ¡Amor infinito! Se habla de obras de amor y podrían enumerarse muchas de tales obras. Pero cuando se dice "la obra de amor", no hay más que una obra, sí, solamente una, y sabes inmediatamente (por extraño que parezca) precisamente acerca de quien se está hablando, acerca de él, Jesucristo, acerca de su muerte expiatoria, acerca de Aquel que cubre la multitud de los pecados. Esto se predica ante el altar; porque lo que se predica desde el pulpito es esencialmente su vida, pero en el altar, su muerte. El murió una vez por los pecados de todo el mundo, y por tus pecados; su muerte no se repite, pero esto se repite: que murió también por ti, por ti que recibes la prenda de que murió también por ti, esto se repite en el altar donde él se te da a ti como amparo. ¡Oh, seguro escondedero para los pecadores! ¡Oh, bendito escondedero!—especialmente si uno ha aprendido primero lo que significa que la conciencia acuse, y la ley condene, y la justicia amenace con el castigo, y luego, cuando se está fatigado y desesperado... ¡hallar reposo en el único abrigo que se puede encontrar! Un hombre, aun el más amante, a lo sumo puede darte atenuantes y excusas, dejándote que hagas de ellas el uso que puedas; pero no puede dársete a sí mismo. Eso sólo Jesucristo puede hacerlo; él se te da a sí mismo como asilo; no es algún pensamiento consolador lo que te da, no te comunica una doctrina; no, él se te da él mismo. Así como la noche extiende su velo sobre todo, así dio él su vida y se convirtió en una cubierta detrás de la cual yace un mundo pecaminoso al cual él ha salvado. A través de esa cubierta la justicia no irrumpe como los rayos del sol a través del vidrio coloreado, meramente suavizados por la refracción; no, se quiebra impotente contra esa cubierta, se refleja y no pasa a través de ella. El se dio a sí mismo como cobertura para el mundo entero, también por ti, y por mí.

Por lo tanto, tú, mi Señor y Salvador, tú cuyo amor cubre y oculta la multitud de mis pecados, cuando ante la justicia del cielo sólo se pronuncia ira sobre mí y sobre mi vida, cuando en la tierra hay sólo un hombre por huir del cual yo volaría hasta el cabo de la tierra, y ese hombre soy yo mismo —entonces no comenzaré el vano intento que sólo lleva a la desesperación y la locura, sino que inmediatamente volaré a ti, y tú me ocultarás a los ojos de la justicia, me salvarás de este hombre y del recuerdo con que él me acosa, tú me ayudarás a transformarme en otro hombre mejor, a osar habitar en mi abrigo, olvidado por la justicia y por ese hombre a quien aborrezco.

Oyente mío, hoy has venido a buscar el amor que cubre multitud de pecados, buscándolo en el altar. Del ministro de la iglesia has recibido la seguridad del perdón de tus pecados por gracia; en el altar has recibido el símbolo de él. Oh, no sólo esto; porque no has recibido este símbolo meramente como podrías recibir de un hombre una prenda de que tiene tal o cual

sentimiento o propósito en cuanto a ti; has recibido el símbolo como un símbolo de que lo recibes a él; al recibir el símbolo recibes a Cristo mismo, en y con el signo sensible él se te da a sí mismo como una cobertura de tus pecados. Como él es la verdad, no aprendes de él lo que es la verdad, para quedar librado luego a tu propio arbitrio, sino que permaneces en la verdad solamente si permaneces en él; como él es el camino, no aprendes de él a conocer el camino por el cual debes ir, para luego quedar librado a ti mismo para seguir tu propio camino, sino sólo permaneciendo en él puedes permanecer en el verdadero camino; como él es la vida, no recibes de él la vida que te dé, y luego puedes arreglarte por ti mismo, sino sólo permaneciendo en él tienes vida: así es también cómo él es la cobertura; sólo permaneciendo en él, sólo viviendo en él, estás a salvo, hay una cubierta sobre la multitud de tus pecados. De ahí que la Cena del Señor se llame comunión con él; no es meramente un recuerdo de él, no es meramente un símbolo de que tienes comunión con él, sino que es la comunión, la comunión que has de tratar de mantener en tu vida diaria viviendo más y más fuera de ti y más y más en él, en su amor que cubre multitud de pecados.

Oh, Señor Jesucristo, las aves tienen sus nidos, las zorras sus cuevas, y tú no tienes dónde reclinar la cabeza; no tuviste hogar en la tierra —y eres lugar de refugio, el único, al cual puede huir el pecador. Y hoy eres todavía el escondedero; cuando el pecador huye a ti, lo escondes en ti, está escondido en ti —y entonces está defendido eternamente, entonces el "amor" cubre multitud de pecados.